

Cartagena. La gente fue un capítulo especial en los infolios del Mariscal y Licenciado, pues estudió cuidadosamente sus costumbres, religión y lenguas. Y no para respetarlas, pues nadie respetaba ninguna de estas cosas en aquella época (¡casi no se respeta en ésta!) sino para nutrir el informe y también para ir modificando todo eso en pro de la necesaria castellanización.

Al regresar a Santa Marta, se encuentra con que Fernández de Lugo ha muerto. El nuevo gobernador y la gente que lo rodea, no tienen ni el talento ni la diligencia de don Pedro; sólo les interesan el oro y los esclavos, de lo que ya tienen y que ven aumentado por medio de Jiménez de Quesada. Éste decide que lo mejor es viajar a la Península y así solicitar lo que quiere. Además de dirimir allí el pleito con otros dos conquistadores que llegaron a la Santa Fe ya fundada con el claro propósito de quedársela: Sebastián de Belalcázar y el alemán Nicolás de Federmann. Ambos necesitaban una base para ir en búsqueda del mítico Dorado. El primero por orden de su capitán, Francisco Pizarro; y el segundo porque sus señores, los banqueros Welzer, lo obtendrían en pago por las deudas que el Emperador mantenía con ellos. Que decidiera el Consejo de Castilla o el mismísimo Carlos I.

Jiménez de Quesada cruza el océano, el que ya no fue tan tenebroso como en el viaje de ida. Pero le sirvió de entrenamiento para los años en que tuvo que ir de instancia en instancia y después de país en país, detrás del Emperador para que le permitieran hablar con él. Recomendaciones, súplicas, entrevistas con encumbrados personajes, sobornos y hasta amenazas y coacciones no le sirvieron de nada. Y eso que acudió a donde se celebraban grandes acontecimientos como la famosa Dieta de Ratisbona (Alemania) donde Carlos citó al rebelde Lutero para que se retractara. Ni el rey de todas las Españas logró su propósito, ni el fundador de Santa Fe el suyo.

Con la economía bastante mermada, volvió a España y aquí obtuvo una limosna: se le reconocía el Adelantamiento de todas las tierras por él descubiertas y agregadas a la Corona, pero no una gobernación independiente. De manera que la Nueva Granada quedaba como una dependencia denominada Tierras Altas de Santa Marta. Además, se debía someter al gobierno que ya estaba ejerciendo la Real Audiencia; una confusión muy de la época en la España americana, en la que el poder judicial ejercía de ejecutivo y de legislativo. Aún faltan siglos para Montesquieu. Eso sí, se le reconocían a su fundador todos los honores y pensiones, a descontar del quinto real; o sea, los impuestos.

El hombre de letras que había en Jiménez pudo con lo que para otros habría sido una humillación, digna de rebelión. Pero no. Regresó a su Santa Fe, dispuesto a edificarla tal y como desde joven había visto que se hizo con la Granada arrebatada a Boabdil. A partir de aquí, el cronista de Indias inicia la labor literaria al principio mencionada. Literatura escorada a la ciencia, y que ya había comenzado cuando regresa a la Península en 1539, y presenta ante el Consejo de Indias el informe *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. En él plasma, de forma abreviada (que es lo que significa epítome en latín) toda la empresa que sugiere el título, fruto de las anotaciones que hizo desde que partiera de Santa Marta. De esta obra, como de la mayoría de las de Jiménez, se sabe por las citas y comentarios de otros autores. Pero lo más importante es la combinación de géneros, ese afán por el detalle técnico sin olvidar el estilo literario, acaso influencia del tratamiento aún medieval que se hacía de las materias.

Mucho de *summa* está presente también en otra obra, así mismo perdida, como el *Gran Cuaderno*, el que sirvió de referencia a historiadores posteriores que no tuvieron el cuidado de guardarlo para la posterioridad. Pero el servicio que les prestó Jiménez de Quesada fue enorme, dada la minuciosidad de datos tanto de costumbres de los indios como de flora y fauna de las nuevas tierras.

Ya totalmente asentado en la colonia, redacta el *Informe de lo que se debe hacer para el buen gobierno del Nuevo Reino de Granada*. Sobra el análisis. También el imaginar los problemas que le trajo con la todopoderosa e ineficiente Real Audiencia, y con el mismísimo Consejo que no hacía más que mandarle amonestaciones con cuanto visitador enviaba. Menos mal, se guardó la obra y hoy existe en el Archivo de Indias, en Sevilla.

Entre 1560 y 1567 redactaría unos *Anales del Emperador Carlos I*. Especie del «periodista», como se diría hoy, que había en el Licenciado, quien documenta en ellos las idas y venidas de ese rey de tantos territorios y que no sabía cómo meterlos en un solo Estado. De tales *Anales* se sabe por el mismo autor en otro libro que comentaremos: *El Antijovio*, en el que también hay noticias de un trabajo de resonancias cinematográficas para el lector de hoy en día: *Las diferencias de la guerra de los dos mundos*. El mismo Jiménez dice de esta obra que está a punto de concluir, pero de la que no se ha encontrado el mínimo papel. Tal vez perecería en uno de los muchos incendios que sufrieron sus casas y que explican la pérdida de tanto valioso material.

Curiosamente, se conservan las licencias de impresión de una obra dividida en dos partes: *Los Ratos de Suesca*, la que al parecer tuvo problemas con la censura. En ella se hablaba de *materias tocantes a Indias* y donde investigadores como Manuel Ballesteros entrevén que aparecían algunas denuncias poco convenientes en el trato a los indios. Y todo porque ya en la Península había aparecido la *Brevissima Relacion de la destruycion de las Yndias* de Bartolomé de las Casas. Felipe II estaba ojo avizor para que no se airearan ciertas cosas que, con el tiempo, irían a desembocar en la desgraciada *Leyenda Negra*.

La más completa y útil obra histórica, según los autores que se sirvieron de ella, es el *Compendio Historial de las conquistas del Nuevo Reino*. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que es un trabajo de madurez. Hacia 1575, con un fundador escarmentado hacía tiempo por la aventura del falso Dorado, el presupuesto conceptual –científico– era el mejor para emprender una obra como la enunciada, por desgracia también perdida y ésta no en incendios neogranadinos, sino del otro lado del mar, pues hasta en Amberes hay noticias suyas.

Del hijo de conversos –al parecer sinceros– hay testimonio en la obra que podemos definir como *sacra*. Se trata de sermones para que se dijieran en las misas de réquiem por los conquistadores e indios muertos en combate. Hay testimonios de que este *Sermonario* aún se usaba a finales del siglo XVIII.

El único libro completo que se conserva es el *Antijovio*, una contestación a las falsedades y calumnias que, según el autor, se vierten en *La historia General de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos 50 años de nuestro tiempo*. Semejante título era el de una obra de un tal Paulo Jovio, obispo de la ciudad italiana de Nochera, enemigo de la ocupación española y del Emperador Carlos en particular. Jiménez de Quesada procede a contradecir lo que para él era una aberración. Lo más importante no es si el Licenciado tenía razón o si la tenía el obispo. Lo digno de resaltar es la minuciosidad del trabajo, el manejo de datos surgidos de anotaciones tomadas en medio de la Europa incendiada en guerras, preservadas en su travesía del Atlántico, en su no menos azarosa desde el Caribe neogranadino hasta las alturas andinas donde fueron cuidadosamente guardadas, para luego ser cotejadas con la obra de Jovio que alguien le trajo a Jiménez. Este intenso trabajo intelectual, y a veces poético, es el que mejor define al personaje como el renacentista puro que fue. Un guerrero que supo aparcar la espada y tomar la pluma; que se licenció de los combates y se encerró en su

gabinete de escritor, el que no sería en muchas ocasiones más que una casucha de cañas y palmas, expuesta al frío sabanero o al calor de las tierras bajas. Murió devorado por la lepra y el asma a una edad inverosímil para la época –90 años– y la vida que tuvo. Un hombre de letras, como otros tantos conquistadores y fundadores, que pone en su sitio una gesta tan irresponsablemente tratada.



Martín Rejtman: *Silvia Prieto* (1998)